

ADAM SMITH, UN LIBERALISMO BIEN TEMPERADO*

Roland Pfefferkorn**

Resumen

Gracias a la inmensa fortuna que ha conocido *Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Adam Smith es considerado como el “padre fundador” de la economía política clásica. Una lectura rápida de la obra ha permitido a veces hacer del célebre economista un pensador simplemente liberal, en una acepción parcial de la palabra. *La Riqueza de las naciones* merece una lectura cuidadosa. Aunque Smith es conocido principalmente como economista político, no hay que olvidar que fue titular de una cátedra de filosofía moral y que adquirió notoriedad gracias al éxito de otra gran obra suya, la *Teoría de los sentimientos morales* (1759).

Abstract

Due to the huge fortune that has met the *Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Adam Smith is deemed as the “founder father” of political classical economy. A quick reading of his work has sometimes allowed the conversion of this renowned “economist” into a simply liberal thinker, in a partial meaning of this word. The *Wealth of Nations*, a complex work, deserves a more careful reading. Although Adam Smith is mainly known as political economist, one cannot forget that he taught a subject of moral philosophy and that he deserved ample acknowledgment for his *Theory of Moral Sentiments*, where he developed the moral principles that supported many of his economic concepts.

Palabras clave: Economía Política, Sentimientos Morales, Liberalismo, Intervención Estatal, Teoría Económica.

Key words: Political Economy, Moral Sentiments, Liberalism, Government Intervention, Economic Theory.

* Traducción de Gilberto Loaiza Cano, profesor asociado del departamento de Historia de la Universidad del Valle. El texto original en *Revue des sciences sociales*. Strasbourg, n° 33, 2005, Université Marc Bloch-Strasbourg II, pp. 41-47. Artículo recibido el 5 de Abril de 2008, aprobado el 30 de Abril de 2008.

** Director de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Marc Bloch-Strasbourg II, investigador en el laboratorio “Cultura y sociedades en Europa” del CNRS. Dirección electrónica: roland.pfefferkorn@umb.u-strasbg.fr, Pfefferkroland@aol.com.

Adam Smith, fundador de la economía política clásica

Adam Smith es presentado de manera unánime como el padre fundador de la economía moderna. Su *Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*,¹ publicada en 1776, es celebrada con justicia como la obra inaugural de la economía política clásica. Pero también son muchos quienes lo consideran como el autor emblemático de la teoría económica liberal o del liberalismo económico.² Ahora bien, si Smith es indiscutiblemente un pensador liberal él preconizaba en efecto “el sistema evidente y simple de la libertad natural”-, su liberalismo está muy lejos de las posiciones defendidas por ciertos sectores contemporáneos del liberalismo económico. Es un liberal que defiende una concepción *in fine* relativamente moderada del liberalismo, colocando desde luego el mercado en el centro de sus análisis, pero sin excluir los frenos al librecambio en ciertos casos, ni la intervención del Estado para asegurar la justicia y el bienestar social.

La *Riqueza de las naciones* es un libro voluminoso y generoso: 1100 páginas en dos volúmenes en la edición de bolsillo de Garnier-Flammarion, más de 1400 páginas en cuatro volúmenes en la edición aparecida en Presses Universitaires de France (PUF) en 1995, incluyendo el aparato crítico. A pesar de su tamaño, tuvo un éxito considerable en vida de su autor, y conoció numerosas reediciones y traducciones. Smith expone una síntesis de las concepciones económicas de su tiempo, síntesis brillante, a la vez original y crítica, inspirada ampliamente en los trabajos británicos y franceses de su época. La *Riqueza* es, al mismo tiempo, la matriz a partir de la cual se construyeron, poco después de su muerte, los análisis económicos a veces contradictorios de autores como David Ricardo, Thomas Malthus o Jean-Baptiste Say, reunidos más tarde, en las historias académicas del pensamiento económico, en la categoría unívoca de “la economía clásica”. Karl Marx, presentado en ocasiones por esas mismas historias como “el último de los clásicos”, desarrollará su reflexión heterodoxa a partir de una lectura crítica de Smith, tanto de sus predecesores como de sus continuadores, y más particularmente de los tres autores que acabamos de mencionar. El autor del *Capital* tendrá entonces cuidado de separarse de aquellos que él llamaría los “clásicos” de aquellos que calificará severamente de “vulgares”; los primeros, aunque engegucidos por sus tomas de posición ideológicas en favor del sistema capitalista, intentaron, según Marx, hacer una obra científica mientras que los segundos estaban esencialmente animados por sus visiones apologéticas. Smith y Ricardo fueron clasificados por Marx en el primer grupo y elevados por él al rango de “clásicos”, Malthus y Say fueron enviados a la segunda categoría.

¹ La primera palabra del título original: *Enquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* ha sido a menudo traducida al francés como *Recherche(s)* (en singular o en plural según el caso), desde las primeras traducciones del siglo XVIII hasta en la más reciente del 2000. La traducción de Paulette Taieb (PUF, 1995) pasa *Enquiry* como *Enquête*.

² Sin embargo, desde hace algunos años se multiplican las reflexiones a contra-corriente; señalemos por ahora Boyer (2000), Prévost (2001) y Biziou (2003).

En un artículo reciente, aparecido en francés en 2002, Armatya Sen, el premio Nobel de economía de origen bengalí, subrayaba con razón el carácter particularmente complejo de la obra de Smith que contrasta con las posiciones simples o, más bien, simplistas de “aquellos que le arrancan ciertas frases”, utilizadas “como slogan”, para defender unas posiciones políticas a menudo obtusas». El se refiere explícitamente a las declaraciones de los “extremistas conservadores (especialmente en Gran Bretaña)” y a las “manifestaciones entusiastas” de un tal “Adam Smith Institute”. Este instituto defiende posiciones ultraliberales, acordes con las ideas de otros dos “héroes” (sic) que figuran en la página de bienvenida de su sitio de Internet : Friedrich August von Hayek y Milton Friedman, los dos fueron en verdad los principales inspiradores del giro “neo-liberal” de fines de la década de 1970 y comienzos de la siguiente (Anderson, 1996) ; el segundo de estos “héroes” fue la fuente de la experiencia “neo liberal” en el Chile pinochetista desde 1974. Armatya Sen precisa en su artículo que esta tradición de “implicar a Smith en la justificación del buen camino” liberal e invocar la “mano invisible” no es reciente. Ella se remonta a casi dos siglos atrás. “Desde 1812, el gobernador de Bombay rechazó la propuesta de transportar alimentos en el Gujerat afectado por la hambruna citando la autoridad de Adam Smith”, cuando en verdad Smith poca cosa dijo directa o indirectamente sobre la manera de tratar una hambruna. En contraste, como lo señalaremos más adelante, Smith siempre relacionó de manera estrecha las concepciones económicas y una visión ética con el objetivo de llegar a una sociedad justa.³

Una obra impregnada de filosofía moral y política.

Los fundamentos filosóficos y morales de las concepciones económicas expuestas en *La Riqueza* han sido olvidados por mucho tiempo. Sin embargo, Smith desarrolla explícitamente sus posiciones morales en otra gran obra suya, *La Teoría de los sentimientos morales* (1759) que fue publicada diecisiete años antes de *La Riqueza*, cuando ocupaba una cátedra de filosofía moral en la Universidad de Glasgow. Es esta primera obra la que le permite adquirir una cierta notoriedad y convertirse unos años más tarde en el preceptor del duque de Buccleuch, con quien viaja en varias ocasiones a Francia, entre 1764 y 1766, lo que le permitió, luego de algunas recomendaciones de su amigo David Hume, encontrarse con los Enciclopedistas Jean le Rond d'Alembert y Claude Adrien Helvetius y los fisiócratas Francois Quesnay, partidario del libre cambio de granos, y Anne-Robert Turgot, controlador general de Hacienda, partidario del libre comercio. A su regreso a Gran Bretaña, él se benefició de una renta que le permitió consagrarse en adelante a la escritura de lo que llegaría a ser diez años después *La Riqueza de las naciones*.

³ Los reclamos de Sen contra el alineamiento abusivo de Smith en las toldas ultra-liberales se explican, por supuesto, por la proximidad de sus propios análisis con las concepciones de Smith. Sen ha puesto el acento en la teoría del bienestar social tomando en cuenta las relaciones entre objetivos sociales y decisiones interdependientes de los individuos. El ha publicado numerosos trabajos acerca de las desigualdades sociales y la pobreza. El ha subrayado principalmente el carácter doble (en positivo y en negativo) de la libertad individual que, según él, debe estar fundada en lo social.

A lo largo de su vida, Smith le otorgó igual importancia a *La Teoría de los sentimientos morales* y a *La Riqueza*. Por lo menos eso hace pensar el número de reediciones de ambas obras mientras el autor aún vivía : cuatro para *La Riqueza* (1778, 1784, 1786, 1789) ; cinco para *La Teoría de los sentimientos morales* (1761, 1767, 1774, 1781, 1790). Y también debería tenerse en cuenta la importancia de las adiciones y modificaciones que el autor aportó a cada uno de sus libros, como sucedió hasta la víspera de su muerte con la última edición de *La Teoría de los sentimientos morales*. Como lo hacen notar los traductores de la edición francesa reciente de esta obra (PUF, 1999), “la amplitud de las correcciones hechas a *La Teoría de los sentimientos morales* varios años después de la aparición y la revisión de la *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* muestran el interés incesante de Smith por su obra moral”. Agreguemos además que *La Riqueza de las naciones* no esta exenta de consideraciones morales y de numerosas digresiones sobre las religiones, que cubren al menos una quinta parte de su volumen, y que tienen algún nexo con los análisis propuestos más tarde por Max Weber.

Finalmente, *La Riqueza* no puede ser reducida al simple estatuto de una obra fundadora en economía. La mayor parte de los libros de la época que hablan de economía multiplican los ejemplos concretos y mezclan las consideraciones económicas con reflexiones filosóficas, morales o políticas. El libro de Smith se asemeja desde ese punto de vista a aquellos de sus contemporáneos, pero se presta también a otras lecturas, incluso las más inesperadas, lo que es costumbre en las grandes obras. En la introducción a la última traducción francesa (2000), el economista Jean-Michel Servet escribe: “Se puede leer esta obra como se hace con los relatos de viajes o como con una obra de la colección *Terre Humaine*,⁴ o incluso como la descripción de las islas del Pacífico escrita por el capitán Cook. *La Riqueza de las naciones* es un verdadero guía que nos lleva al olor de los puertos ingleses o escoceses del siglo XVIII para embarcarse por el continente europeo, la China, las Indias, las Américas o el Oriente próximo. En ella se descubren a los empresarios británicos virtuosos y a la aristocracia francesa símbolo del lujo y la prodigalidad, las pequeñas tiendas de Escocia...”

Una lectura reduccionista de Smith

Pero si los especialistas le rinden hoy amplia justicia a Smith, no es menos cierto que él ha sido regularmente enrolado al servicio de una ideología que el propio Smith estuvo lejos de defender, una ideología que no es solamente liberal, sino que podría llamarse más bien

⁴ Una de las colecciones más famosas del mundo editorial francés. Fundada en 1955 por el antropogeógrafo Jean Malaurie, ha renovado profundamente la literatura de viajes y los relatos de antropología. La colección fue lanzada con la publicación de los *Derniers Rois de Thulé*, del mismo Jean Malaurie, y prosiguió con *Tristes Tropiques*, la obra que hizo conocer a Claude Lévi-Strauss. Sus más grandes tirajes han sido el *Cheval d'orgueil* de Pierre Jakez Helias, en 1975, y *L'Été grec* de Jacques Lacarrière, *Le Horsain* de Bernard Alexandre, *La Perle et le Croissant* de Dominique Fernandez, *Toinou* d'Antoine Sylvere... *Terre humaine* ha publicado también a Georges Balandier, Jacques Soustelle, Eduardo Galeano, René Dumont... Hoy por hoy reúne más de 85 títulos y 11 millones de ejemplares. Muchos de sus títulos han sido traducidos a una veintena de lenguas.

liberal extremista o radical, neo o ultraliberal, incluso “libertaria”. Revisaremos más adelante ciertos análisis muy discutibles de *La Riqueza* que han sido difundidos desde hace mucho tiempo. El eco de esos comentarios no deja de sorprender en la medida que esas interpretaciones se oponen precisamente al núcleo de las tesis expuestas por Smith en la *Teoría de los sentimientos morales*.⁵ En esa obra brinda luces que deberían evitar las exégesis abusivas de ciertos aspectos de la *Investigación sobre la naturaleza y la causa de la riqueza de las naciones*.

Uno de los primeros problemas que se les presenta a los comentaristas tiene que ver con la unidad de la obra de Smith. Los filósofos y los historiadores de mitad del siglo XIX habían ampliamente debatido la supuesta contradicción entre las dos obras. Una de las figuras más destacadas de la escuela histórica alemana, Karl Knies, había señalado lo que él llamaba El problema de Smith (das Adam Smith Problem) poniendo el acento en la supuesta oposición que él hallaba entre esas dos obras. Según Knies, Smith parece promover la simpatía en la *Teoría de los sentimientos morales* (TSM) y el egoísmo en *La Riqueza*. Esta oposición no es, sin embargo, tan evidente como se cree a primera vista. En sus dos libros, el comportamiento de cada individuo está determinado siempre por el comportamiento de los demás. Se está siempre sometido a una interacción o, según la fórmula de George Simmel, a una acción recíproca. Cada persona tiene en cuenta a las otras, tiende a imitarlas, busca dar cuenta de su presencia o ponerse en su lugar. La simpatía de Smith puede, entonces, ser vista como la facultad propiamente humana de disponer de la capacidad de ponerse en el lugar del otro y de comprender, por esa vía, sus experiencias, sus sentimientos y los motivos de sus acciones. Esta facultad es además pensada por Smith como algo innato y de origen divino. Ella corresponde a lo que hoy designamos como empatía. Se puede entonces afirmar que el individuo, según Smith, entra en contacto con otro por un modo de imaginación comprensiva empática. Esto último tiene muy poco que ver con el egoísmo de ese personaje racional inventado, no por el autor de *La Riqueza*, sino mas bien por los economistas marginalistas y neoclásicos : el *homo economicus*. En definitiva, la simpatía smithiana debe conducir a buscar la justicia y el bien común.

En consecuencia, a lo largo del siglo XX, mejor que oponer *La Riqueza* a la TSM, los economistas se han inclinado, en su gran mayoría, a despreciar o a ignorar la TSM olvidando totalmente el hecho de que la obra de Smith, comprendida *La Riqueza*, es también la obra de un filósofo y un moralista. Este olvido ha conducido a muchos autores a pensar que en Smith el egoísmo es el motor de los comportamientos humanos en vez de la “simpatía” apoyándose en uno de los pasajes más citados de *La Riqueza* y aislándolo de las reflexiones contradictorias que aparecen en otras partes, tanto en *La Riqueza* como en TSM : “Jamás se ha visto animal alguno que por su voz o por sus gestos quiera hacer entender a otro que esto es mío, esto es tuyo ; yo te daré lo uno por lo otro... El sentido de esa proposición es el siguiente : deme lo que yo necesito y usted tendrá de mí lo que usted

⁵ Ver a este respecto las reflexiones de Gilbert Vincent en su artículo “Souffrance, vulnérabilité et reconnaissance”, *Revue des sciences sociales*, Strasbourg, n.31, 2003, pp. 101-103.

necesita ; la mayor parte de estos buenos oficios que nos son necesarios se obtienen de esta manera. No es de la bondad del carnicero, del vendedor de cervezas o del panadero que nosotros obtenemos nuestro alimento, sino del cuidado que ellos brindan a sus propios intereses. Nosotros no nos dirigimos a su humanidad, sino a su egoísmo y nunca les hablamos de nuestras necesidades, siempre hablamos de sus beneficios...”⁶ De manera significativa, la última edición francesa de la TSM se remontaba a 1860 en una traducción que data de fines del siglo XVIII. Y es tan solo recientemente, el 2000, en una introducción a la última traducción francesa de *La Riqueza*, que un economista destaca que Smith no es solamente el fundador de la economía política clásica, sino que además encarna “un ideal de sabio casi universal, economista desde luego, pero puede ser todavía más según las categorías contemporáneas del saber : historiador, politólogo, psicólogo, sociólogo y filósofo”.

Una obra que rompe con los mercantilistas y los fisiócratas

Desde su aparición, *La Riqueza de las naciones* parece marcar una ruptura con las representaciones económicas anteriores. Esto es particularmente claro en lo que concierne a ciertas concepciones económicas de autores franceses, ingleses o españoles reagrupados ulteriormente bajo la apelación de “Mercantilistas”. Estos autores, entre los cuales se puede colocar a Jean Bodin, Antoine de Montchrestien, Thomas Mun, pero también a William **Petty** y John Locke, desarrollaron análisis profundamente marcados por las diferentes coyunturas nacionales, a lo largo del siglo XVII, pero su influencia no se había borrado todavía en los primeros decenios del siglo siguiente. Smith se opuso al “sistema mercantil”, para retomar sus propios términos. El critica “el error” que ve en la abundancia de la moneda, más precisamente en la abundancia de oro y metales preciosos, la condición de la creación de las riquezas. Al contrario de los adeptos del “sistema mercantil”, él pone el acento desde las primeras palabras de *La Riqueza* en el factor que, según él, está en su origen: “el trabajo anual de toda nación”. Esto último es “el fondo que la provee de todas las necesidades y comodidades de la vida que él consume anualmente”. La fuerza de *La Riqueza* reside precisamente en esta afirmación que el trabajo es la fuente de toda riqueza y la medida real del valor intercambiable de los bienes. La riqueza no está por tanto definida por Smith como un stock monetario, por ejemplo una cierta cantidad de oro y de dinero, sino más bien como “las cosas necesarias y cómodas para la vida” creadas por el trabajo. De este modo, al romper con el punto de vista mercantilista, no hace más que rendirle tributo al trabajo y lanzar una crítica al papel del oro y la moneda defendidos antes por autores tan diferentes como William Petty (desde 1671), John Locke (desde 1690), o incluso por Pierre Le Pesant de Boisguilbert (en 1704) en su *Disertación de la naturaleza de las riquezas, del dinero y de los tributos*.

⁶ En la edición de Garnier Flammarion, 1991, p. 84. Esta edición se basa en la traducción de Germain Garnier (1822), revisada por Adolphe Blanqui (1843).

De otra parte, él no comparte la visión pesimista de los mercantilistas que ven en el comercio exterior un juego nulo, es decir que si una nación gana en el comercio exterior es porque otra está perdiendo y a la inversa. El autor de *La Riqueza* considera que es posible establecer un juego con saldo positivo, es decir que cada nación puede salir ganando al desarrollar su comercio exterior. Sin embargo, contrariamente a las posiciones esbozadas en este tema por Smith, desarrolladas enseguida por Ricardo, luego por los neo-clásicos, y convertidas ahora en dogma tanto por la Organización de cooperación y desarrollo económico (OCDE) que por la Organización mundial de comercio (OMC), no deja de ser cierto que la historia económica y social muestra que han habido ganadores y perdedores, desde luego no siempre los mismos en diferentes épocas de la formación y la extensión de la economía-mundo capitalista, del siglo XVI hasta nuestros días (Wallerstein, 1984, 2002).

Smith parece también separarse de las concepciones más características de los “fisiócratas” que dominan el campo de las ideas económicas en Francia durante la época de su viaje en compañía del duque de Buccleuch: él critica de manera firme el error de Francois Quesnay relativo a la esterilidad de la industria y condena lo que él llama el “sistema agrícola”. Para Quesnay y los miembros de la “secta fisiócrata” (es así como ellos mismos se denominaban), sólo la agricultura era productiva. Ellos consideraban, siguiendo una concepción pre-científica de la química, que la agricultura tenía la capacidad de acrecentar el volumen de las riquezas mientras que la industria no haría más que transformarlas pero sin aumentar el volumen. Hay que recordar que en el momento de esta controversia entre Smith y los fisiócratas, el peso de la industria era relativamente modesto con respecto a la agricultura que conoció crisis recurrentes debido a su debilidad productiva. Además, en esta época, la producción llamada hoy industrial reposaba todavía en una pequeña producción domestica o artesanal. Incluso en Inglaterra estamos en los albores de la revolución industrial, la población agrícola de la Gran Bretaña representaba aún la mitad de la población activa en 1770. La evolución será, sin embargo, muy rápida porque la parte de la población activa agrícola no llegará a ser más del tercio desde 1800.

Pero, aun recusando el error agrícola de los fisiócratas, Adam Smith se inscribe también en una cierta continuidad con los “economistas” franceses en la medida que se esfuerza, al igual que ellos, en describir la vida económica como un proceso puesto en movimiento por la inversión de capital y permitiendo su reconstitución. En otras palabras, como los fisiócratas, él va a desarrollar un enfoque basado en los términos de un circuito económico. De otra parte, él se inscribe más bien en la perspectiva del liberalismo económico de los fisiócratas, y su concepción de liberalismo resulta ser menos radical que la de estos. Los liberales franceses de entonces estaban relativamente divididos y defendían tesis diversas. Se puede recordar aquí la importancia de un liberalismo igualitario, original y coherente que se oponía al liberalismo económico de los fisiócratas.⁷ Aparte de toda tentación extrema de nivelar las fortunas o de instaurar la

⁷ Ver al respecto S. Meyssonier, *La Balance et l'Horloge. La genèse de la pensée libérale au XVIIIe siècle*, Montreuil, Editions de la Passion, 1989.

comunidad de bienes, este liberalismo igualitario era profundamente político. El surge de un proyecto humanista liberal de cohesión de las necesidades sociales recíprocas, en consecuencia fundado en una concepción del hombre libre en que se afirma con fuerza la efectividad de la teoría lockeana de los derechos naturales, es decir, el derecho a la libertad, teniendo por corolario el deber de la igualdad o la reciprocidad. Smith no parece haber estado en contacto directo con los liberales igualitarios, tal vez podría pensarse en la influencia de John Locke por la vía de Hume para explicar el liberalismo temperado del autor de *La Riqueza*.

Como acabamos de ver, Smith innova sobre ciertos puntos tanto en relación con sus contemporáneos como en relación con concepciones más antiguas. Pero también adopta algunos temas, apoyándose en ocasiones en ciertos autores para criticar a otros, en ocasiones tomando por su cuenta algunos análisis para deslindarse de otros. Esos préstamos pueden ocupar algunos pasajes de su obra que no emanan de observaciones sobre el terreno o de discusiones de salón originales, sino más bien de síntesis efectuadas a partir de diversas lecturas. Por ejemplo, uno de los más célebres pasajes de *La Riqueza*, citado muy a menudo, es aquel consagrado a la división del trabajo en el cual desarrolla el ejemplo de una manufactura de alfileres (ejemplo tomado luego por Hegel y por Jean-Baptiste Say) proviene del artículo “Manufactura” consagrado a esta fabricación, redactado por Helvetius y publicado en *La Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert. Agreguemos que si Smith hace énfasis en los efectos benéficos de la división del trabajo, especialmente en términos de ganancias en la productividad, de aumento de la producción y de difusión en el seno de la sociedad de la opulencia general, él no olvida de todos modos la cara opuesta de la moneda. El subraya el embrutecimiento de aquellos cuyo trabajo “se limita a un muy pequeño número de operaciones muy simples”, así como el “adormecimiento” de sus “facultades morales”.

La metáfora de la «mano invisible», símbolo de la obra smithiana

Durante los últimos decenios, y muy a menudo, las lecturas retrospectivas de *La Riqueza* han contribuido a atribuirle a Smith unas concepciones económicas que han sido desarrolladas ulteriormente. La metáfora smithiana de “la mano invisible” ha conocido así una fortuna considerable. Ella ha sido estimada por los economistas, y también por aquellos que no lo son, como la metáfora por excelencia para designar el mercado. Se ha convertido en el símbolo de la obra de Smith puesto que los profesores de ciencias económicas tienden a invocar de manera casi mágica su “mano invisible” cada vez que ellos hablan del mercado, en su forma pura y perfecta, ante los estudiantes de primer año. La metáfora de la mano invisible tiene la reputación de ser la liberadora del secreto mecanismo de la concurrencia en el mercado donde cada agente racional, buscando maximizar su ganancia, haría su contribución a un mecanismo que conduce a un óptimo social. Por ejemplo, Claude Jessua, autor de una *Historia de la teoría económica*,⁸ escribe un capítulo titulado «Adam Smith o la aurora de la escuela clásica» en que insiste sobre una

⁸ JESSUA, Claude (1991). *Histoire de la théorie économique*, PUF, pp. 162-164.

fórmula extraída de *La Riqueza*: “En este como en muchos otros casos, (cada individuo) es llevado por una mano invisible a cumplir unos fines que nada tienen que ver con sus intenciones”, antes de llegar a esta conclusión personal que, como veremos más adelante, es completamente abusiva: “La economía aparece desde entonces como un sistema que tiende al equilibrio general, donde los agentes no tienen más que obedecer a unas señales claras (los precios) y a unas demandas simples (el interés personal). Esta es la esencia de la posición liberal en materia económica”. La lectura retrospectiva de Jessua atribuye aquí a Smith la concepción del mercado autorregulador (un sistema que tiende al equilibrio general) que fue formalizado al final del siglo XIX por Walras y por aquellos que han sido llamados los marginalistas o neoclásicos. En esta última frase, “es la esencia de la posición liberal en materia económica”, vuelve al autor de *La Riqueza* un apologista liberal del mercado (anticipando en cierta manera las posiciones de un Hayek o de un Friedman). En efecto, si Smith pone en el centro de su obra el análisis de la creación de la riqueza y de los intercambios, no podemos olvidar que él no preconiza una mística del mercado y que su «mano invisible» es algo mucho más complejo de lo que parece y no corresponde a lo que dicen Jessua y la mayor parte de los economistas liberales.

Para empezar, Smith, aunque preconiza un funcionamiento libre del mercado, no está a favor sistemáticamente de ese «libre» juego del mercado. Igualmente, cuando se trata del libre cambio (free trade), es necesario recordar que él propone una especie de libre cambio temperado o moderado. Para él, el mercado exterior no debe forzosamente funcionar sin traba alguna, en ciertos casos, e incluso le parece saludable que sea controlado por el soberano. El evoca los ejemplos de algunos cantones suizos o de ciertos Estados italianos que reglamentan el comercio del grano: en efecto, en cada uno de estos casos las autoridades públicas dirigen el comercio del grano para evitar, principalmente, las consecuencias desastrosas para la mayoría de gente cuando se produce escasez. En este aspecto, Quesnay sostiene una posición mucho más radical.⁹

En el espíritu de Smith, el Estado puede e incluso debe intervenir en la vida económica. Smith es muy explícito en este punto y concede al Estado un papel que supera las simples funciones regalistas. Citemos aquí en extenso al autor de *La Riqueza*: “El soberano sólo tiene que cumplir con tres deberes, tres deberes de gran importancia, desde luego, pero claros e inteligibles para el entendimiento corriente: primero, el deber de proteger la sociedad de la violencia y de la invasión de otras sociedades independientes; segundo, el deber de proteger, en la medida de lo posible, a cada miembro de la sociedad de la injusticia o de la opresión de cualquiera otro miembro, o el deber de establecer una administración estricta de la justicia; y, tercero, el deber de erigir y sostener ciertos trabajos e instituciones públicas, que no pueden ser jamás del interés de un individuo o de

⁹ Señalemos aquí que, contrariamente a Smith que permanece en posiciones más prudentes, Diderot se ha comprometido claramente desde 1770 en la primera batalla del liberalismo económico defendiendo la causa de aquellos que han sido perjudicados por la ausencia de regulación. Ver BARILLON, Michel (1998), *Apologies. Diderot dans la première bataille du libéralisme économique*, basado en Diderot, *Apologie de l'Abbe Galiani et Lettre apologétique de l'abbé Raynal à M. Grima*, Marseille, Agone éditeur, 1998.

algunos individuos” (*La Riqueza de las naciones*, Taieb, p. 784, 785). No insistiremos sobre el primer punto cuando Smith evoca la función regalista del Estado. Es lo siguiente lo que nos interesa, aquello del “deber de proteger, en la medida de lo posible, a cada miembro de la sociedad de la injusticia o de la opresión de cualquiera otro miembro, o el deber de establecer una administración estricta de la justicia”. Este pasaje indica claramente que para Smith el Estado debe cuidar del bien público y que la economía no sabría funcionar *a priori* sin virtud. Este problema de la justicia y del bien común tiene relación con lo que él nos dice de la simpatía en la TSM. Los efectos perversos del mercado deben ser entonces combatidos por una intervención del Estado. El ideal moral y político de Smith está muy alejado de un liberalismo económico que sueña con un mercado “libre” que funciona sin trabas, y principalmente sin la intervención del Estado. El tercer punto de esta larga cita es todavía más interesante porque indica que para Smith el Estado debe, por ejemplo, hacerse cargo de los gastos en infraestructuras de transporte o de los gastos en la educación de los jóvenes como de “las gentes de todas las edades” (estos dos puntos son ampliamente desarrollados en *La Riqueza*). Sería más fácil para el defensor contemporáneo de la intervención del Estado en economía, o para el defensor de los servicios públicos o de instituciones relacionadas con la protección social, apoyarse en este pasaje de la obra de Smith para contrarrestar las tesis de los liberales actuales y mostrar cómo ellos defienden posiciones que no corresponden al espíritu de aquel que han presentado erróneamente como el padre del liberalismo económico. Además de tener en cuenta que estas interpretaciones en favor de la intervención del Estado pueden ser apoyadas por las posiciones desarrolladas por Smith alrededor de la simpatía en su *Teoría de los sentimientos morales*.

Antes de terminar estas reflexiones, volvamos por última vez a la “mano invisible”. Esta metáfora que ha tenido inmensa fortuna aparece muy rara vez en su pluma, y también es rara en *La Riqueza* (dos veces solamente en la edición traducida por P. Taieb, PUF, p. 513 y 611), también dos en la TSM (una vez de manera explícita y otra implícitamente en referencia a “la mano que dispone de las piezas de un ajedrez”, p. 324). Antes de aparecer en *La Riqueza* ha sido ya utilizada por Smith en un texto anterior publicado en sus *Essays in philosophical subjects*¹⁰ (y en la TSM, pp. 257 - 258) para designar explícitamente a la providencia: “Ellos (los ricos) son conducidos por una mano invisible para cumplir con casi la misma distribución de las necesidades de la vida que aquella que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones iguales entre todos sus habitantes; y así, sin quererlo, sin saberlo, ellos sirven a los intereses de la sociedad y presentan los medios de multiplicación de la especie. Cuando la Providencia comparte la tierra entre un pequeño número de grandes señores, ella no olvida ni abandona a aquellos que parecían haber sido despreciados al momento de la repartición”. Según este pasaje, la armonía nace menos de un mecanismo económico, en la circunstancia del mercado, que de la intervención divina. Observemos además que guiado por una “mano invisible”, el individuo smithiano de *La Riqueza* es llevado a cumplir un fin que no está dentro de sus intenciones: la mano invisible

¹⁰ Sobre este aspecto, ver las observaciones de Alain Beraud en *Nouvelle histoire de la pensée économique*, tomo 1, p. 356 y siguientes.

“lo conduce a promover un fin que nunca estaba en sus intenciones”. Smith agrega incluso que él está feliz de que sea así mientras que los economistas liberales contemporáneos utilizan la metáfora de la mano invisible para describir el funcionamiento de un mercado donde unos agentes racionales adoptan de manera óptima sus escogencias ante unas señales (los precios) que les suministran una información perfecta. De un lado, con Smith, el resultado es explícitamente producido de manera no intencional, mientras que de otro, según los economistas liberales *standard*, la mano invisible remite a un mercado transparente, al mercado puro y perfecto (o en extremo, ante lo absurdo de las hipótesis teóricas adoptadas, a un mercado imperfecto del cual se postula, a pesar de todo, que él podrá ser explicitado a partir del modelo puro y perfecto que dará origen, en consecuencia, a una u otra hipótesis de base).

En definitiva, para los heraldos del liberalismo económico el mercado es visto como una especie de “Providencia laicizada”. Smith, por el contrario, utiliza la metáfora de la mano invisible para asociar la Providencia con el mercado. Aquella viene en auxilio de éste cuando se revela incapaz de cumplir el papel que le es conferido: el de distribuir eficaz y equitativamente el capital y el producto. La mano invisible de Smith es, pues, en última instancia...la mano de Dios...porque el mercado es incapaz de funcionar sin reglas fijadas por fuera de él. Y ante la ausencia de tales reglas, la repartición tendrá que ser forzosamente inequitativa.¹¹

¹¹ Mientras que la creación de riquezas es el tema central del libro de Smith, Pierre-Noel Giraud estima en un artículo reciente que “es la desigualdad y no la riqueza en sí el problema fundamental de la economía”, Giraud, 2000.